LA RESPVESTA ESTA EN LA MANO.

COMEDIA FAMOSA,

DE VN INGENIO DESTA CORTE.

Hablan en ella las Perſonas ſiguientes.

Don Juan.	*Elena, criada.*
Don Diego Saabedra.	*Obiedo, gracioſo.*
Don Iſidoro.	*Ferrer, criado.*
Don Rodrigo, barba.	*Vn Platero.*
Doña Ana, dama.	*Vn Muſico.*
Doña Iſabel, dama.	

(§) JORNADA PRIMERA. (§)

Salen Doña Ana; Doña Iſabel, y Elena, Criada.

Ana. Mi padre fuè de mañana
a nueſtro quarto, y mandò,
que me compuſieſſe yo,
y ſe viſtieſſe Doña Ana:
Y eſta obſtentacion profana
es obediencia no mas,
ſi bien pienſo, aunque jamàs
ha declarado ſu pecho,
que vela en nueſtro provecho,
y que tu en lo cierto eſtàs.

Ana. Librò a mi padre ſu ſuerte
del diluvio de Sevilla,
diòle vida vna barquilla,
y aqui vna pena la muerte:
En ſu teſtamento advierte
à mi tio me dè eſtado;
y Dios le guarde, ha mirado
por mi remedio tan breve,
que mi prima no le deve
mas amor, ni mas cuydado.

Ana. Sereis las dos, yo lo fio,

si tan cuerdas os portais,
venturosas, si casais
de mano del dueño mio:
Siempre juzguè à desvario
no casar por conveniencia,
mostrandonos la experiencia,
que trata menos verdad
al gusto la voluntad,
queel juizio de la prudencia.

Sale Don Isidoro, y vn Platero con vnas joyas.

Isid. Mi señor padre os embia
essos rayos brilladores,
joyas digo, y las mejores
que tiene la plateria:
De vuestro gusto confia,
que tendreis buena eleccion,
miradlas, y pues yà son
estos principios de bodas,
el parabien le dà à todas
las alàs del corazon.
En su priessa, y su contento,
en su prevencion, y agrado,
si bien de mi lo ha ocultado,
conozco, que es casamiento:
Gozad las dos años ciento
suspensa vuestra hermosura,
y para mayor ventura,
estando bien empleadas,
vivid los años casadas,
que vn mal casamiento dura.

Ana. Aunque ignoramos à quien
nos ha ofrecido mi tio,
te he de abrazar, primo mio,
en pago del parabien.

Isab. Hermano mio, tambien
vn abrazo dàrte quiero.

Ele. Harto es, que el majadero *àp.*
no repara en la balona,
porque es singular persona.

Isid. Ved las joyas del Platero.

Ana. Enseñe, Rey, essas joyas.

Plat. Mirad aquesta firmeza,
que es vn Sol cada diamante,
y en lo duro vna Lucrecia.

Ele. El Platero versifica, *àp.*
y esta es la vez primera,
que he visto (salvo à vn amigo)
tratar en oro à vn Poeta.

Isid. Buena es, mas los diamantes
poquissimo fondo muestran.

Plat. Menos fondo teneis vos.

Ele. El Plateríssimo acierta.

Plat. Mirad estos dos retablos,
que parecen sus vidrieras
de lo que son vuestro ojos.

Ele. Què cuerdamente requiebra.

Isa. Como?

Ele. Teniendo en la mano
el agrado de la lengua.

Isid. Buenos son, mas el dibuxo
de aquesta Santa Teresa
es poco culto, Maestro.

Plat. Pues las doze, y la maestra
me claven, si otra sacare:
gentil despacho de bestia.

Ana. No os enojeis, que mi primo
Don Isidoro professa;
poner vna tacha al Sol:
es critico.

Plat. Buena secta:
si es de essos, de buena gana;
que quien todo lo condena,
no ofende quando habla mal:
ved estas dos orejeras.

Isa. Què ayrosas que son, hermano!

Isid. Ricas son; pero què orejas
de asno podràn sufrirlas?

Plat. Cuerpo de Christo: las vuestras.

Sale Don Rodrigo de Pallares.

Rod. Hija, adorada sobrina,

visteis las joyas? son buenas?
Si os agradan, no dexeis
de todas ninguna pieza.
Ana. Quien fia su libertad
de tu gusto, y tu prudencia,
bien serà fie lo menos:
las que mejor te parezcan
seràn para mi mejores.
Isa. Ingrata à mi, padre, fuera,
sino estuviera à tu gusto
eternamente sujeta.
Rod. Confiado en essa fè
os he casado, si yerra
la confiança del padre
solamente à la obediencia.
Muriò mi hermano tu padre,
y antes que el alma rindièra,
me dixo, que por su dicha
con vn Don Juan de Ribera
te comprometiò en Sevilla:
no ay que buscar mas nobleza,
que procurasse en muriendo
efectuar sus promessas.
Avisèle de su muerte,
y la verdad de tu hazienda:
verdad, y dote te he dicho,
mira què cosa tan nueva.
Y casados yà por tratos
estais, y por la estafeta
supe como viene oy
por la posta à la ligera.
Y porque mi amada hija
de tus venturas no tenga
embidias, tambien la caso
con Don Diego Saabedra,
Cavallero Cordovès:
permitid à mi terneza
llanto entre tanta alegrìa,
que la memoria despierta
de mi malagrado hijo
la muerte, que no soy piedra;
y por la posta tambien
oy he sabido que llega
por vna carta que tuve,
porque mi ventura ordena,
que os desposeis en vn dia,
y que juntamente vengan
à dar à mi casa honor.
y lustre à vuestra belleza.
Isa. Yo no tengo, señor mio,
mas voluntad, que la vuestra.
Ana. Desde que muriò mi padre
jurè à tu gusto obediencia.
Rod. Daros quisiera mi vida
en pago de tal respuesta;
mas en albricias las joyas
que essa breve caxa encierra
os he de dàr, y mis brazos:
vuestra es mi vida, y mi hazienda.
Entre, contarè el dinero.
Plat. Estos hombres me contentan.
Vanse los dos.
Isid. Pues yo he de dàr à mi prima
esta noche por mi cuenta
alguna cosa tambien.
Ele. Yà mis señoras esperan
saber lo que darnos quieres.
Isid. Quanto và, que no lo aciertan?
Ana. Què quiere darnos mi primo?
Ele. Yo asseguro, que son tales.
Isid. Vna musica he de daros
esta noche en mi conciencia.
Ele. Musica? Manjar de dama,
que solamente recrea,
pero engorda muy poquito.
Ana. Si, primo mio, que en ella
divertirè el pensamiento
mientras que mi dueño llega.
Isid. En cantando à Doña Juana,
harè os canten vna letra,
trabajillo mio: à Dios,
Alirse.
Isa. Sabe yà que la requiebras?
Isid. No lo sabe; mas què importa,

que lo sepa, ò no lo sepa,
si en la calle lo mormuran,
y en la Corte lo sospechan.

Vase.

Ele. Dios os dè mejor marido.
Ana. Ay mi Don Juan de Ribera!
Sin duda alguna te adoro,
pues me dà dolor tu ausencia.
Ele. Y tu, què dizes, señora?
Isab. Que yà adoro al Saabedra,
que me dizen, que son todos
galanes por excelencia. *Vanse.*

Salen Don Juan de Ribera, Don Diego Saabedra, Obiedo, gracioso, y Ferrer, criado.

Jua. Tan presto os aveis quitado
botas, y espuelas, que creo,
que os ayudò mi deseo,
y venìs enamorado.
Die. Si en Illescas à las siete
estavades, y en Madrid
de Rua à las diez, dezid,
tanta priessa, què promete?
Luego que os vì en Adamuz
correr la posta secreto,
callado como discreto,
gallardo como Andaluz.
Y que en ninguna posada
reposavades vn rato,
al tiempo llamando ingrato,
y eterna cada jornada:
Sospechè, Don Juan, por Dios,
y aora lo he confirmado,
que con vn mismo cuydado
hemos venido los dos.
Jua. Yo no sè vuestro cuydado,
si bien mucho no se esconde,
solo sè, que estoy à donde
mañana estarè casado:
De mi palabra obligado,
y de vn retrato tan fiel,
que amor està vivo en èl;
amante vengo, señor,
que muchas vezes amor
haze flecha otro pincel.
Y aveis de ser mi padrino,
si Ribera os lo merezco,
pues contraxo parentezco
de afinidad el camino:
Mas por sangre, y por vezino
tanta obligacion os corre,
que porque el tiempo no borre
nuestros nobles apellidos,
estàn felizmente vnidos
en el Conde de la Torre.
Die. En semejante ocasion,
señor Don Juan de Ribera,
como faltaros pudiera
mi sangre, y mi obligacion?
Mas vos por satisfacion
de mi amor apadrinarme
teneis tambien para honrarme?
Jua. Yo vuestro padrino? Bien.
Die. Si, amigo, porque tambien
vengo à Madrid à casarme.
Y à vos soy tan parecido
en el amor, y en el trato,
que amante de otro retrato
oy à casarme he venido:
Cartas terceras han sido
de mi matrimonio en suma,
porque el nieto de la espuma
dà en sus alas de vna suerte,
si vn pincel para dàr muerte,
para dàr vida vna pluma.
Jua. Gozaos mil años, Don Diego.
Die. Otros tantos os gozeis.
Jua. No os pido el nombre, pues veis,
que yo el de mi esposa os niego.
Die. Id con Dios, que yo voy ciego
buscando mi luz.
Jua. A Dios,

que

que no irèmos bien los dos,
porque es preciso; que alli,
si vos me estorvais à mi,
que yo quite el gusto à vos.
Die. Ferrer. *Todo à parte.*
Ferr. Que mandais?
Jua. Obiedo,
sabes la casa?
Obi. Muy bien.
Ferr. Aunque tan de noche, vèn,
que errar la casa no puedo.
Jua. Tarde es, y voy con miedo;
que à mi dueño no he de hablar.
Obie. No has oìdo ponderar,
que à vn tiempo suelen tañer
en Madrid à anochecer,
y en Jetafe à madrugar.
Y es vso en Madrid que passa,
aunque sea entre onze, y mona,
buscar à qualquier persona
quando saben, que està en casa.
Jua. Vamos, que el pecho se abrasa
en deseo celestial,
temple mano de crystal
de mi esperança el dolor,
hasta que vn retrato amor
me trueque al original. *Vanse.*

Sale D. Isidoro con broquel, y vna llave, y vn Musico.

Isid. Aqui bolved à cantar
la letrilla que sabeis,
y no os digo no templeis,
porque es cosa muy vulgar.
Vna locucion galana,
y vna retorica bella,
y vèr venir vna estrella
de vna Aguila Castellana.
Es licencia que nos dàn
los retoricos indultos,
que no hemos de hablar cultos,
como en tiempo de Bozcan.
Que hablar de lo manso, y ledo
no se vsa en ningun caso,
muerto yaze Garcilaso
en la Vega de Toledo,
Dios le perdone.
Musi. Y à ti
no, si de Laso hablas mal.
Isid. Dì la letra de Pasqual.
Musi. En aquesta puerta?
Isid. Si.

Mientras canta, salen à vna ventana Doña Ana, y Doña Isabel, y por vna puerta Don Juan, y Obiedo, y por la otra Don Diego, y Ferrer.

Musi. Fuesse Pasqual del Aldea,
yo pienso, que bolverà,
que enamorado, y con zelos,
como se viene se và.
Triste và como zeloso.
à mal huviesse el zagal,
que siendo amor para gusto,
le toma para pesar.
Isid. Dexadlo, que aquel valcon
ocupa cierto cuydado,
y à mi ventura ha llamado
vna divina ocasion.
Mientras la gozo embidiad
la dicha que por mi passa:
este no sabe mi casa, *àp.*
y entenderà, que es verdad.
Obie. La casa es esta, señor,
la musica fuè à su puerta.
Jua. Poco vn desdichado acierta:
què buen principio de honor!
Obie. La musica ha sido suya.
y aun ay otro mal aqui,
que es de Requiem para mi.
y para ellos de Alleluia.

Pues

Pues quando estàs espirando,
todos sin verguença alguna,
desde la calle, y tribuna
à coros estan cantando.
Die. Gente à las espaldas tiene,
si la vista no me empaña.
Fer. Tomada està la campaña:
què bien prevenido viene!
Jua. Obiedo, què me aconsejas?
Obie. Yo aconsejarte? No vès,
que no he estudiado à tus pies,
que dezir à tus orejas:
mas oye.
Die. Brava ocasion!
aconsejame, que harè.
Fer. Yo, mi señor, solo sè,
que suyo es aquel balcon,
y que ay mugeres en èl;
y aunque en la Corte se precia
de otra segunda Lucrecia
mi ama Doña Isabel;
hazaña serà indiscreta
no casarte con mas tiento,
que se muda en vn momento
la muger, y la veleta.
Ana. La musica, y alegria
à quien debemos las dos,
al que ha cantado, ò à vos?
Isid. A mi, que la letra es mia.
Ana. Vuestra es?
Isid. Es grande hazaña?
Ana. No: mas dexadme admirar,
que halle vn Poeta que hurtar
en vna pobre cabaña.
Isa. Mi hermano ladron.
Ana. Y tal,
que de Bras ha desnudado
el romance celebrado
para vestir à Pasqual.
Isid. Buena està la brega, quando
ocupa la calle gente.
Ana. Y tiene mi tal pariente
mas de Dudon, que de Orlando.
Isid. Quiero, pues que tengo llave,
abrir, y entrarme à costar,
que vn hombre se ha de guardar
para la ocasion mas grave.
Vna dicha soberana
me llama, quedaos à Dios,
y veamonos los dos
en la Victoria mañana;
que quiero satisfazer
el gusto que me aveis dado.
Musi. Con serviros voy pagado.
Isid. A Dios.
Msi. A Dios. *Vase.*
Fer. Què has de hazer?
Die. Irme à mi Patria querida,
donde libre deste engaño
gracias darè al desengaño,
y sepultura à mi vida.
Fer. Aguarda à vèr donde arroja
aquestas flechas amor.
Ana. Yà està durmiendo, señor,
entrad, y sino os enoja
hablarèmos dentro en casa
de la letrilla despues.

Abre con la llave.

Isid. Ya yo me entrava.
Obie. No vès
lo que en reja, y puerta passa?
Sin llamar, y sin licencia
abriendo la puerta està:
Entra Don Isidoro.
esto es hecho, bueno và,
colòse su reverencia.
Fer. Quieres que los embistamos,
o que nos vamos, Don Diego?
Die. Que prevengas postas luego,
y à Cordova nos bolvamos.
Vanse.
Obie. Como entro, se fuè la gente,
que las espaldas guardaba:
gen-

gentil muger te esperaba,
guarda la testa, y la frente.
Jua. Culpa al noble inavertido,
que llega à casarse vfano,
sin que toque con la mano
la informacion del oìdo.
Obie. Aguarda, espera, señor,
que aquella esquina he mirado,
y pienso, que me he engañado.
Jua. Pide albricias à mi amor.
Obie. No entro en esta casa?
Jua. Si.
Obie. Esta cochera no es?
Tenme cuenta: vna, dos, tres,
pues si èl entrò por aqui,
y yo devo en buena ley
no engañarte en lo que passa,
esta puerta es de su casa
como Lisboa do Rey.
Jua. Pues à Dios original
del retrato mas querido,
antes de hallado perdido,
que temiendo mayor mal,
à Sevilla nos bolvemos,
y para volar hiziera
cada posta vna galera,
y cada espuela mil remos. *Vanse.*

Salen Don Diego, y Ferrer de camino.

Die. Ponme essa capa: ignorante
me truxo amor como ciego;
y prevenme postas luego,
que he de partir al instante.
Fer. No descansaràs?
Die. No puedo,
que à fè de noble Español,
que he de vèr antes que el Sol
las Aguilas de Toledo.
Que por conservar mi fama
dentro en mi patria he de hazer
para mi honra muger,
no para mi gusto dama.
Fer. Esso mismo que tu quieres
le preguntò vn mozo à vn viejo;
entrò con èl en consejo
sobre qual de las mugeres
era la mas convenible;
respondiòle bizarro:
Hijo mio, la de barro,
y hecha en casa, si es possible.

Salen Don Juan, y Obiedo de priessa.

Jua. O quanto estimo el hallaros
por despedirme de vos,
que sintiera, vive Dios,
partirme sin abrazaros.
Fuerça es irme: assi tomad
por despedida mis brazos,
porque impriman estos lazos
en las almas amistad.
Die. Tambien me parto, temiendo
vn peligro bien estraño.
Jua. Rezelando cierto engaño
me voy à Sevilla huyendo.
Die. Es grave la causa?
Jua. Si.
Die. La mia serà mayor.
Jua. Quien os ha obligado?
Die. Honor.
Jua. El mismo me ausenta à mi.
Die. Declaradme vuestras dudas,
y traed las postas.
Obie. Vamos:
juntos andan nuestros amos
como San Simon, y Judas.
Vanse los criados.
Jua. Castigados, y vencidos
estavan los Protestantes
viendo triunfar en vn año
de España à sus Generales.
A Fadrique en el Brasil,
al gran Espinola en Flandes,

en

en Lombardia al de Feria,
y al bravo Giron en Cadiz.
Depuso el Inglès las armas,
mas que deshecho, cobarde,
temeroso de que en Londres
el Leon de España brame.
Entrò llovioso el Invierno,
y temimos, como sabes,
que venia en cada nuve
para anegarnos el Ganjes.
Bravos salieron los vientos,
porque en rompiendo su carcel,
el mar subiò à las estrellas,
baxaron al mar los alpes.
Juntos los dos elementos
coligados nos combaten,
que aun los elementos tienen
de nuestro poder pesares.
Del Octomano en Lepanto,
Del Moro Africano en Tanjer,
del Berberisco en Oran,
del Indiano en Terrenate.
Del Rebelde en los Estados,
del Francès en Ronces-Valles,
del Saboyano en la Italia,
del de Sabona en el Albis.
Del Palatino en su casa,
del Grison entre sus valles,
del Iglès en todo el Mundo
defenderse España sabe.
Mas no de los elementos,
que somos, al fin, mortales,
y no valen nuestros brios
contra el agua, ni los ayres.
Sus cataratas, al fin,
el Cielo enojado abre,
y el austro buelve en las sierras
nieve en liquidos crystales.
Mar era el Betico Reyno,
y sus pueblos miserables,
o eran ruina del viento,
è rotos del agua naves.
O fuesse acaso, o ya fuesse
castigo de culpas grandes,
que suele Dios castigar
con las causas naturales.
Entro el diluvio en Sevilla
rompiendo sus valuartes,
porque à las iras del Cielo
què defensa avrà que baste?
De ocho partes se inundaron
(ay de mi!) las siete partes.
quien con vida quien sin ella,
podrà, lo que viò contarte?
quantas madres con sus hijos,
quantos piadosos amantes
ahogaron mas con sus brazos,
que el Betis con sus raudales.
Crece el rio con el llanto,
de suerte, que quando sale,
no cabiendo por sus puertas,
diversos portillos abre.
No huvo reservada hazienda
al ladron, ni à las piedades,
à todos eran comunes
los bienes como los males.
Yo piadoso fletè vn barco,
porque en mi valor hallasse
vida el que dava la vida
entre las olas distantes.
Discurrì yo por Sevilla,
viendo con dolor notable
mar, y sepulcro de amigos
las que ayer conocì calles.
Pidiòme favor en vna
vn anciano venerable,
à quien olvidò la muerte,
ò por viejo, ò por cadaver.
De vna ventana à mi barco
passè en mis ombros constantes
al viejo, con mas honor,
que el fiel amigo de Cates.
Llevèle à mi casa, à donde
vencido del hospedaje,

y obligado de la accion,
me dixo en palabras graves:
Qualquiera hidalgo que seas,
que bien dizen obras tales,
que es el valor de Andaluz,
y es de noble tu semblante.
Mi vida, y mi hazienda es tuya,
mas à mercedes tan grandes
no es satisfacion el mundo,
yo doy lo que puedo dàrte.
Vna hija es mi heredera,
y mi apellido Pallares,
y mi renta en cada vn año
siete mil ducados vale.
Mi nobleza en este pecho
diga aquesta Cruz flamante,
que el Rey prudente me diò,
quando le servi de paje.
Vengo à cobrar vna herencia,
que el claro honor de Almendari,
desde las Indias me truxo
libre por incultos mares.
Todo es tuyo, todo es poco
en este, si yo alcançasse
à merecerte por yerno,
pues no puedo ser tu padre.
Correspondile cortès;
y sabiendo, que mis padres
en las Cuevas, à honor mio,
entre los Riberas yazen.
Lo que era agradecimiento
hizo conveniencia, y haze
instancia de que le dè
fè, y palabra de casarme.
Embaynò el Cielo su espada,
bien que tinta en nuestra sangre,
cansaronse de matar
las iras elementales.
Cobrò mi huesped la hazienda,
y disponiendo el viage
à ser su yerno à Madrid,
me dize, que le acompañe.
Estava Sevilla entonces
con menos gente que males,
sin sentimiento los vivos,
con sentimiento los jaspes.
Vn teatro era, donde
repitiò el Cielo admirable
el gran diluvio que diò
principio à las dos edades.
Y juzgando à ingratitud
en ocasion semejante
dexar la Patria, escusème,
y con Oviedo partiòse.
Bolviò Oviedo de Madrid,
y no con poco donayre,
con pretensiones de Rio,
dize, que hallò à Mançanares.
Truxome vna carta, y truxo
vn retrato, que en vn naype
pedia con accion viva,
que de justicia le amasse.
No se resistio el deseo,
rindiosele el alma facil,
que hermosura, y conveniencia
facilmente persuaden.
Y yo cuyo pecho era
à flechas de amor diamante,
fuy blanda cera al retrato
de Doña Ana de Pallares.
Quise venir à Madrid
à gozar mi dueño, y antes
que saliesse de Sevilla,
supe era muerto su padre.
Estava yo triste, quando
con mil promessas nunciales
vn tio suyo me llama
con cartas para casarme.
Vine à Madrid por la posta,
y à vèle fuy, como sabes,
de noche, que nunca buscan
comodidad los amantes.
Vn hombre encontrè en su puerta,
que con otros en su calle

dando alegria à ſus rexas
me daban à mi peſares.
Mas de vna muſica el dueño,
ſin recatarſe de nadie,
de la que juzgaba eſpoſa,
abriendo con vna llave
la puerta, ſe entrò, y quedè
como ſuele el caminante,
que halla quando piſa flores
herido ſu pie de vn aſpid.
Yo libre de mi palabra,
lleno de zelos infames,
huyendo de la que adoro
las alas embidio al ſacre.
Rogando al Cielo mil vezes,
ſi enternecido, ò cobarde
buelvo al Cavallo la rienda
con intencion de caſarme,
que de la ſilla me arroje,
que fiero me deſpedaze,
que diſcurra desbocado,
que entre peñaſcos me arraſtre,
que en vn paramo deſierto
de la tierra ſe levanten
vapores, que contra mi
ſe buelvan en tempeſtades.
Pues ſerà mayor deſdicha,
que con ternezas de amante,
con afrentoſo peligro
vn Cavallero ſe mate.

Die. O en èl habla mi dolor, *ap.*
ò ſabe lo que yo paſſo,
ò vn alma en los dos acaſo
las ha dividido amor,

Jua. Què dezis Don Diego?

Die. Digo,
que digais como ſe llama
el tio de vueſtra dama,
que me importa.

Jua. Don Rodrigo
de Pallares, y en Madrid
es notoria ſu poſada
en la calle de la Eſpada.

Die. Què notable caſo! Oìd.
Paſſo al Braſil Don Fadrique,
nueſtro General gallardo,
hijo de Marte: què mucho,
ſi es ſu hijo, ſea rayo?
Llegò, y venciò: yà en Eſpaña,
yà en el Mundo, yà en los ſacros
cielos donde eſtà Belona
votan à ſu triunfo lauros.
En San Salvador, en fin,
venciendo con èl entramos
con el favor Portuguès,
que à ellos ſe les debe el lauro.
Y vn dia, para gozar
de la victoria el deſcanſo,
à comer combido à tres
Capitanes esforçados.
Don Sancho de Faro, el vno,
fue tan valiente, y oſſado,
tan bravo como entendido,
y mas que todos Fidalgo.
Don Vicente de Pallares,
Cavallero Valenciano,
fuè el otro, que por las ſeñas
q̃ en vueſtra hiſtoria he obſervado,
fuè hijo de Don Rodrigo,
que tiene à Doña Ana cargo,
y vive en Madrid: ò amigo,
como te nombro ſin llanto?
El otro fuy yo: en efecto
comimos, y nos brindamos
con templança, à la ſalud
de nueſtro Monarca Quarto.
Admiraba ſu poder
vn Capitan Italiano,
el augmento de Caſtilla,
corteſmente preguntando.
Era el Pallares de aquellos
politicos Corteſanos,
obſervadores de hiſtorias,
y de practicas de eſtado.

Y assi dixo: Desde que
Doña Isabel, y Fernando
à Castilla, y à Aragon
dichosamente juntaron.
Vnidas las dos Coronas,
sin oposicion, quitaron
de Navarra à los Franceses,
de Granada al Africano.
Y gozando los dos Reynos
paz eterna, poder tanto,
y por temor, y aliança
seguros del Lusitano.
Triunfò en Italia Castilla,
y en los climas mas estraños
Reynos vinculò à sus Reyes,
cobrò feudos, vengò agravios.
Porque temblò desta vnion
la tierra, y el Occeano,
viendo coronar con barras
los Leones Castellanos.
Naon he isso assi, dize Almeyda
por que ò Leon Castellano
he con nosoutros Leaon,
y era ovella no passado.
Desde que Enrique morreo,
ò tio de Sebastiaon,
y as armas com o dereyto
à Castellanos juntaraon.
Tempo de regravedade,
que contra os Reyes Castellaños
con nosso calor faziaon
hermandade seus vassalos.
Portugal à faz potente,
dize à su espada empuñando,
Aragaon finca à demais,
y eu si peleijo basto.
Colerico Don Vicente
contra el Portuguès ayrado,
defendiendo su opinion
sacò el azero bizarro.
El suyo Faro sacò
en sangre todo bañado,
que en la guerra el Portuguès
pocas vezes le trae blanco.
Embistieronse los dos,
y el azero mal templado
se le quebrò à Don Vincente:
yo que à su valor, y trato
con atencion atendia,
dile el mio, porque acaso
sin espada no saliesse
de la ocasion desayrado.
Mas poniendonos en medio,
dividimos los dos campos,
y generosos los Capitanes
dieron de amigos las manos.
Desta accion, yo, y Don Vicente
quedamos conformes tanto,
que era comun à los dos,
como el contento, el trabajo.
Navegamos los dos juntos,
y juntos los dos llegamos
à Malaga, donde España
contenta nos diò los brazos:
nuestro General, licencia,
de cuyas plantas honradas
à Cordova nos partimos,
donde estuvo (corto hado!)
en mi casa algunos dias:
Consientele, amigo, vn rato
sentimientos à mi amor;
fuy su amigo, no soy marmol.
Y vn dia en sì recogido,
y el corazon en los labios,
me dixo: Don Diego, amigo,
si aveis de tomar estado,
vna hermana en Madrid tengo,
noble padre, rico, hidalgo,
que para tres herederos
conserva cien mil ducados.
Ingenio tiene el que bastà
para esposa, son sus años,
conocedlos por los mios,
yo la llevo mas de quatro;

su virtud: no se permite
tanta alabança à vn hermano:
llamase Isabel, si es ella
vereis en este retrato.
Para casarla con vos
orden mi padre me ha dado,
dichoso yo, si de amigos
venimos à ser hermanos.
Aceptelo sin discurso,
previne devido fausto
para partirme: Ay, memorias,
sino lloro serè ingrato!
Porque la muerte en seis dias
cobrò del joben gallardo
lo que la devió por hombre:
muriò, al fin (ò amigo caro!)
No del Tuvero fuè Polante
con mas ocasion llorado,
Germanico de su Pueblo,
ni de Polux lo fuè Castor,
como el infelize hijo
del famoso padre anciano;
à quien Cordova mi Patria
sepulcro fuè de alabastro,
piedades los corazones,
mi amistad eterno llanto,
y nuestro heroico Don Luis
desde Madrid epitafio.
Mas escriviòme su padre
en las penas cortesano,
que temiendo de perderme
era su dolor doblado.
Fue la respuesta ofrecerle
mi libertad; y abreviando
forçosos impedimentos,
solo con esse criado,
que lo fuè de Don Vicente,
vine à casarme: aqui aguardo
remedios en tus enojos
con la prudencia templados;
porque yendo à vèr mi esposa,
lo mismo que viste hallo,
y para huìr el peligro
hize prevenir Cavallos:
tu Don Juan hazes lo mismo,
y vno es solo el agraviado,
pues si viven las dos juntas,
y vn hombre, por nuestro daño,
solamente entrò en su casa,
vna es parte en el agravio,
juntas las dos perderemos,
y sin culpa en este caso
es possible estar la vna;
y pues los dos nos hallamos
en Madrid con vna sangre,
con vn amor, y vn cuydado,
con vna causa ofendidos,
con vn respecto obligados,
con vna palabra presos,
con obligacion de hidalgos,
con materia de discursos,
con tiempo para pensarlos:
mirèmos lo que conviene,
porque tengo por mas sabio
al que yerra con estudio,
que no al que acierta enojado.
Jua. Prudencia pide el sucesso,
y el remedio mas de espacio,
consultemos con la almohada
en aquessa alcoba vn rato.
Die. Entrad, y miradlo bien:
A quien tan estraño caso
en el Mundo ha sucedido?
A mi, que soy desdichado.

Vase Don Diego, y sale Oviedo.

Obie. Esperando estàn las postas,
que parecen en lo flaco
las vacas de Faraon.
Jua. Buelvelas, que no nos vamos.
Obie. Vn hombre labrò vna casa,
y puso sobre el tejado
vn amante por veleta:

qui-

quitòle, dandole al diablo,
porque le traìa loco,
mudandose à cada passo,
que dexandole à Gallego,
siempre le hallaba à Solano.

Jua. Otro puso en vna Torre
por veleta à su criado,
porque aprendiera en los vientos
à obedecer à su amo.

Obie. Y al fin, què he de hazer, señor?

Jua. Llevar las postas callando.

Obie. Yo voy, que no quiero ser
mentidero de los grajos.

JORNADA SEGVNDA.

Sale Doña Ana, Doña Isabel, y Don Rodrigo.

Rod. Las fechas he buelto à vèr
de las cartas que he tenido,
y mi yerno, y tu marido
tardan, hijas desde ayer:
Fuerça es sentir, y temer
alguna causa precisa,
donde la experiencia avisa,
que à casarse, ò à la guerra,
sin saber si acierta, ò yerra,
qualquier mozo parte aprissa.

Ana. Jamas viene apressurado
bien alguno à quien aguarda,
que gravemente se tarda,
sabiendo, que es deseado:
Por sossegar tu cuydado
le teme mi voluntad,
no por casarme en verdad,
que aunque mas digan, yo siento,
que à ninguna dà contento
sujetar la libertad.

Isa. Yà deseo su venida,
por tu contento, señor,
que el cuydado, y el dolor
vàn abreviando tu vida.
Mas la causa del dolor
consuelo te puede dàr,
pues nos dizen con tardar,
que estos bienes no traen llanto,
que no suelen tardar tanto
las cosas que traen pesar.

Rod. No es la de vn dia tardança,
y os juro no la temiera,
si vn barco en el mar no fuera
simbolo de la esperança:
Nada ay libre de mudança,
y en este siglo jamàs
cosa contenta veras.

Ele. Proprio de vn viejo cansado,
llorar el siglo passado,
muriendo por vivir mas.

Sale Don Isidoro con dos ramilletes.

Isid. En vn punto yo, y el Sol
salimos juntos, oìd,
à vèr à Chipre en Madrid,
y à Venus à lo Español:
Vì su primero arrebol,
tomando estas flores bellas,
quando baxaban por ellas
compitiendo con Faetonte
del Mantuano Orizonte
de dos en dos mil estrellas.
En chinelillas ayrosas
iba toda dama esquiva,
mas bellas que la lasciba,
que diò purpura à las Rosas:
A vna de las mas hermosas
la dixe entre dulces quexas:
Chinelillas tan parejas,
y tan breves, à mi vèr,
zarcillos pudieran ser
del nacer de tus orejas.

Respondiome cortesana,
que en Madrid todo es agrado,
que à la Corte no ha llegado
la esperanza Toledana:
No viò Ninfa mas lozana
el Dios que à la ingrata estima,
oro cria, flor anima,
Cielo alegra, tierra abrasa,
que sino estuviera en casa,
jurára, que era mi prima.
A vèrlo viene contento,
y à que pierdan estas flores
lo vano de sus olores,
vencidas de vuestro aliento:
Tomadlas, y dad assiento
en vuestra esfera luciente
à esse Narciso imprudente,
porque assomado al cabello,
vea, que ay rostro mas bello,
viendo el suyo en vuestra frente.

Ana. Las manos, primero, te beso
por la lisonja, y favores.

Isid. Vivas mas años que flores
nos dàs bizarro.

Rod. Què es esso?
Mas le quisiera travіesso,
que andando en comadrerias:
no puede vèr en mis dias
ningun mozo afeminado.

Ana. Las flores en el tocado
diràn oy las dichas mias.

Isid. Ponte aquesta flor assi:
Dios mil vezes las bendiga:
Perdona tu, Elena amiga,
que no ay flores para ti.

Ele. No nacieron para mi
en Leganès las pastillas,
ni yo gasto maravillas,
porque estoy hecha, señor,
à oler en el assador
claveles de algarrobilla.

Isid. Es Terenciano, ò de Plato
el conceptillo grossero?

Ele. No sè: mira ramillетero,
sè, que es solo el garavato.

Rod. A mirar me puse vn rato,
por no oiros hablar mal,
por la reja del portal,
y en èl entraron dos hombres,
al parecer gentilhombres:
Elena, Isidoro, sal,
mira si es el Sevillano,
ò el esposo de Isabel,
que Dios me remite en èl
lo que me quitò en tu hermano:
Mas dexadlo, porque en vano
me resisto, yo voy, pues
donde ay tanto interes
tengo libres de embarazos,
para recebir los brazos,
y para buscar los pies.

Vase.

Isa. Que contento và mi padre,

Isid. Mayor fuera su alegria,
si à vèr llegara este dia
con nuestra señora Madre.

Ele. Nunca hable, y siempre ladre
barbaro, que dize tal.

Isid. Què dizes?

Ele. Servirla leal,
y lloraba su memoria,
tengala Dios en su gloria,
y à ti te libre de mal.

Salen Don Juan, Don Diego, y Obiedo, y Don Rodrigo leyendo vna carta.

Die. Permitanos nuestro honor
esta cautela prudente.

Jua. Disculpa halla el que miente
en politicas de amor.

Ele. La mudança del color
nuevo accidente señala:

bate

bate el pecho qual que ala?
Isa. No sè à fè.
Ana. Turbada estoy.
Ele. Què mucho, si empiezan oy
a entrar locos en la casa?
Isid. Tan turbadas, y perdidas
estais, que tengo por cierto,
que algun delito encubierto
descubren frescas heridas.
Ana. Si indicio son de homicidas,
en viendo essos forasteros
mover los pulsos ligeros,
confiesso la culpa mia.
Die. Ay, Don Juan, quien viò de dia
juntos tan bellos luzeros?
Jua. No vi mayor hermosura;
los celestes la embidiàran;
si de noche no eclipsaran
de su fama la luz pura.
Obie. Ay dureza, ò ay ternura?
Jua. Ay honra opuesta al amor.
Obie. Pues huye el cuerpo, señor,
no entres con èl en batalla,
porque no ay segunda malla,
si vibra su passador.
Rod. Vuessas mercedes, señores,
vienen como yo deseo?
Jua. Venimos para serviros.
Die. Y para morir de zelos. *àp.*
Rod. Don Diego como quedaba?
Jua. Deseando con estremo
venir à Madrid.
Rod. Don Juan?
Jua. Notando su mal, sintiendo
como no puede venir
à dàr muestras de que es vuestro.
Rod. Darè à tan grande desgracia
aplausos de sentimiento,
y el corazon de Doña Ana
vereis en perlas deshecho.
Ana. Què es esto de corazon?
Isid. Oygolo, mas no lo entiendo.
Ele. Harto es, que no lo acierta,
sabiendolo todo vn necio.
Rod. Don Diego me escrive esta
con estos dos Cavalleros
de su casa, y de su sangre,
no con poco sentimiento.
Que estando para partirse,
casi en los estrivos puesto,
llegò à Cordova Don Juan,
à quien por amigo, y deudo
trataba familiar,
tan pobre, y falto de aliento,
que solo dio de su vida
esperanças vn espejo.
Llevale à su casa, à donde
oraciones, y remedios
bolvieron en pocas horas
à el alma los movimientos.
Cayo corriendo en la posta
sobre vn peñasco; en efecto,
afirma, que està mejor,
y que le dixo à Don Diego
la ocasion de su jornada.
Y en las señas conociendo,
que vna casa los dos
con dos primas, y en vn tiempo
venian à desposarse.
De vna voluntad, y acuerdo
suspendieron su jornada,
y en estando Don Juan bueno,
dizen, que juntos vendràn:
traygalos con bien el Cielo.
En tanto vuestras mercedes
mientras concluyen sus pleytos,
se han de servir desta casa,
que quando en esta mi yerno
no me lo advirtiera assi,
lo suplicara con ruegos,
lo pidiera como amigo,
lo mandara como viejo.
Jua. Si venimos à serviros
mal replicaros podemos.

Rod. A ser mi dueño veràs.
Jua. A horarnos con vos al menos.
Isid. Pesame esta desgracia.
Ana. A mi me pesa en estremo.
Isid. Condicion tienes de fea,
que las bellas, ni por pienso
han de confessar piedades,
aunque vean en el suelo
palpitar los corazones.
Ana. Què dello tienes de feo,
pues de vèr vna sangria
hazes milagros, y estremos.
Ele. Donzellissimas del siglo
aveis parecido en esso,
que pocas suelen casarse
sin tener impedimentos.
Isab. Mejor parece otra cosa.
Ele. Què, por tus ojos serenos?
Isab. Si à los ojos lo preguntas,
diràn, que los forasteros.
Ele. Pues esso à el alma, señora,
que se queda en casa el fuego.
Isa. Quede muy en hora buena.
Ele. Humo sale, lumbre ay dèntro.
Rod. Conoced à mi sobrina,
y à mi hija.
Die. Si, pues vemos
rostro à rostro à la hermosura.
Jua. Y dudoso el vencimiento.
Ana. Lisonjas tan cortesanas,
como pagarlas podremos?
Jua. El crystal de vuestras manos
à los labios permitiendo.
Isid. Para casos semejantes
vida guardo, brazos tengo,
hazed por satisfacion
cadenas para su cuello.
Rod. Es Isidoro mi hijo.
Die. Mas dichoso le haga el Cielo,
que à Don Vicente Pallares.
Rod. Le tratasteis?
Die. Os prometo,
que vn alma fuymos los dos;
no le deviò mas Don Diego,
que mi amistad, en mis brazos
dio el espiritu postrero.
Rod. Le visteis en el Brasil?
Die. Y pelear como vn Hector:
grandemente os parecia,
era vn gentil Cavallero.
Rod. Ay hijo del alma mia!
Perdonadme, que no pudo
impedir el curso al llanto:
memorias, que me aveis muerto.
Vase.
Obie. Què buena và la tramoya:
vn hombre dixo descreto,
que amor por lo cortesano
tiene mucho de embeleco.
Die. Què lagrimas tan debidas!
Isa. Què bizarros Cavalleros!
Ana. Què tiernamente los miras!
Isa. Què embidiadas que seremos,
si nuestros dos Andaluzes
tienen tan gentil despejo.
Ana. Qual te parece mejor?
Isa. Prima, el que miro primero.
Ana. Pues quita de aquel los ojos,
sino quieres dàrme zelos.
Jua. Perdido estoy, què belleza!
Si es causa de mis rezelos,
perderè, amigo, la vida,
si por liviana la pierdo.
Die. Doña Isabel fuè la causa
de nuestra pena, y rezelos,
porque no estàn tantas partes
juntas sin algun defecto.
Isid. Què quereis hazer, señores?
Jua. Con vuestra licencia
irèmos à vna visita.
Isid. Pues voy
à vèr si mi coche han puesto.
Vase.
Jua. Licencia nos dad.

Ana.

Ana. Son damas?
Jua. No, mi señora.
Ana. Y es cierto?
Jua. Y la pregunta, es malicia?
Ana. Curiosidad à lo menos.
Jua. Tan curiosa sois?
Ana. Y mucho:
Ay, Andaluz, q̃ me has muerto! *ap.*
Vase.
Isa. Os vais tambien?
Die. A morir
en vuestra ausencia.
Isa. Tan presto?
Die. Ay poco de vuestros ojos
à los mios, y à mi pecho.
Isa. Y pues què quereis dezir?
Die. q̃ amor me ha flechado en ellos.
Die. Pues no os veis?
Die. Conviene assi.
Isa. Y serà la buelta?
Die. Luego: *Vase Doña Isabel.*
Ay, amor, donde me llevas?
Don Juan amigo, sospecho,
que en amor, y en las desdichas
nos trata iguales el tiempo.
Jua. Dexadlo para despues.

Sale Don Isidoro.

Isid. El coche os espera.
Ele. Pienso,
que la tenias mandado.
Isid. Dì, que està malo el cochero.
Die. Vamos.
Isid. A donde?
Die. A Palacio.
Jua. Trae las maletas, Obiedo.
Vanse.
Ele. Bien al coche de mi amo
le llamò vn mozo discreto,
el cochecillo achacoso,
que si le manda, al momento
se rompen los correones,
enfermo cae el cochero,
se haze pedazos la ruda,
à vn cavallo le dà muermo.
Obie. Es rezar esso?
Ele. Y muy mal.
Obie. Por quien?
Ele. Aunque no os importe,
por vn lindo de la Corte
cochecillo original.
En vna pared leyò:
No es cosa para prestada
muger, cavallo, ni espada;
y èl, Ni mi coche, añadiò.
Obie. Y quien es el tal quartago?
Ele. Quien quando se muera, arguyo,
ha de yazer en lo suyo
como Don Pedro Miajo,
ni presta, ni pide alhaja,
y trae el tal por costumbre
seis pastillitas de alumbre,
y vn escudo en vna caxa.
Es penante en vn Convento,
juega del vocablo vn poco,
y al mas cuerdo buelve loco
apurando vn pensamiento.
Obie: Hombre tan particular
Beata pudiera ser.
Ele. Yà lo ha querido aprender,
pero cansarse de andar.
Estos hidalgos quien son,
yà que os he dicho quien es?
Obie. Vno, y otro es Cordoves,
y es su casa fundacion
de los mozos pegrinos,
que diò à España la Barbuda.
Ele. Tendran devocion, sin duda,
con los Padres Capuchinos.
Obie. De Guevara sè que tienen
el apellido, y blason,
y su poco de Ladron.
Ele. Y al fin, señor, à què vienen?

Obie. Vienen los dos, Reyna mia,
dexando malignidad,
à estudiar vrbanidad,
honra, agrado, y cortesia?
Ele. Al fin, vienen à Madrid
con deseo de enseñança:
como les và de criança,
y lo de mi abuelo el Cid?
Obied. Cavallerico Aldeano,
con vn lugar en Galicia,
pedirà, que por justicia
le bese el Papa la mano.
Mas destos deziros quiero,
que estàn tan bien enseñados,
que à los que vàn embozados
quitan de noche el sombrero.

Sale Doña Ana.

Ana. Què tan corsanos son?
Obie. Tanto como vos hermosa:
mirad si es possible cosa.
Ana. Y què apellido?
Obie. Ladron
de Guevara.
Ana. Y es verdad.
Ele. En què lo viste?
Ana. Ay de mi!
Desde el punto que los vi
me falta la libertad.
Obie. Mandais mas, que quiero ir
por la ropa à la posada?
Ana. Y al fin, à què es la jornada?
Obie. Si verdad he de dezir,
à Madrid, Señora, ha sido
su dichoso advenimiento,
ademàs del casamiento,
averse vn pleyto ofrecido
à los dos sobre su estado,
que entrando à la possessiòn
hallaron contradicion,
segun los dos me han contado.
Y aquesta jornada han hecho,
assi dellos lo entendì,
para saber desde aqui
de su contrario el derecho.
Que cierto autor Parladoro
muy grande temor les puso
en las glossas que compuso
sobre las leyes de Toro.
Ana. Son muy ricos?
Obie. Solamente
vale quatro mil ducados
el verde de sus sembrados.
Ele. Si aqueste hombre no miente,
seràn muy ricos señores,
si tienen en su cortijo,
segun el verde que dixo,
yerva de todos colores.
Ana. Son muy parientes?
Obie. De vn padre,
y de vna madre nacieron.
Ana. Como no se parecieron?
Obie. Preguntalo a la Comadre.
Llamase Don Baltasar
el mas alto; y es Don Tello
el rizado de cabello,
y ambos estàn por casar.
Si quieres mas relacion,
esperate, que no dudo
dezirtela por menudo,
en bolviendo del Meson. *Vase.*
Ana. Con què terminos, Elena,
podrè dezir en mi estado
la novedad de vn cuydadò,
y la causa de mi pena?
Vno, y otro me condena
à morirme, y à perderte,
porque de vna misma suerte
pierdo la vida callando,
y si me remedio hablando
es mayor mal que la muerte.
Conoce el dolor que siento,
y aplicale soberano

reme-

remedio, no de tu mano,
sino de tu entendimiento:
Penetredle el pensamiento,
pues dezirle no es razon,
y si mi fiera pasion
me dà la muerte, señal,
como veneno del mal,
veràs en mi corazon.
Ele. Bien conozco tu tormento.
Ana. Ay, Elena, en que le viste?
Ele. Por mi fè, q̃ aunque estès triste,
has de escuchar este cuento.
Cisneros, gran socarron,
proto-farsante excelente,
se vistiò de penitente
en Viernes de la Pasion.
Otro que tal lo vestia,
y mas falso que Escariote,
le pegò en el capirote
vn rotulo, que dezia.
Este es Cisneros; y asi
quantos con la Cruz le veìan:
Este es Cisneros, dezian,
èl, alçando el bocacì,
le preguntò à vn gentilhombre:
Como quien soy acertais?
Y èl le dixo: En que llevais
sobre la tunica el nombre.
Asi, señora, no intentes
poner tunica al dolor,
si rotulos pega amor
à todos sus penitentes.
Ana. Siempre estàs muy entendida.
Ele. Esso es lo mismo en mi Aldea,
que dezirme, que estoy fea.
Ana. Engañaste por tu vida.
Ele. Mas esto à parte, señora,
de qual Andaluz garzon
hizo Cupido su harpon?
Ana No preguntes mas aora.
Ele. Porquè?
Ana. Porque viene gente.
Ele. Y son ellos.
Ana. Por mi amor,
que te lleves al mayor.
Ele. Dixistelo cuerdamente.

Salen Don Juan, y Don Diego.

A V.md. Rey mio *à D. Diego*
aqui fuera he menester,
y cuerpo à cuerpo ha de ser. *Vase.*
Jua. Què era esso?
Die. Vn desafio,
pues solamente me llama.
Jua. Què aguardais?
Die. Ya voy. *Vase.*
Jua. Honor, *ap.*
despongamos à el amor,
que no juzga bien quien ama.
Ana. Solo en mi quarto, señor?
Jua. En vuestro retrete si;
mas no solo.
Ana. Pues aqui
quien os acompaña?
Jua. Amor.
Ana. De quien?
Jua. De cierto retrato.
Ana. Què original?
Jua. Como vos.
Ana. Què, os ama?
Jua. Pluviera à Dios,
que con todos fuera ingrato.
Ana. Què temeis?
Jua. Pocas verdades.
Ana. Olvidad.
Jua. Sera forçoso,
de vn agravio sospechoso,
y ciertas facilidades.
Ana. Quien remediaros pudiera.
Jua. Què os importa?
Ana. Solamente
pensar, que amigo, ò pariente
sois de Don Juan de Ribera.

O necia, què ibas a hazer? *àp*
Advierte pobre Doña Ana,
que puede venir mañana
el que tu esposo ha de ser.
Jua. Si por mi fuera, al instante
sus memorias olvidara,
y de averiguar dexara
vna sospecha importante.
Ana. Què puedo yo ser bastante
à que su nombre olvideis?
Jua. Si vos, señora, quereis,
y tanto dolor os mueve.
como suele al Sol la nieve
menguar mi aficion vereis.
Temiendo vn agravio injusto
lleguè à vèr vuestra presencia,
mas si quereis evidencia
serà solo vuestro gusto:
Que aunque no aya sido justo
temor el de mi querella,
si vos sois, Doña Ana bella,
piadosa à los ruegos mios,
correràn mis ojos rios,
que no bolveràn à vella.
Ana. Y merecerè alcançar
vuestro cuydado, y amor?
Jua. No me dexarà el temor,
aunque yo os quisiesse amar
justo serà escarmentar,
y huir de nuevos desvelos,
que si me matan rezelos,
mayor tormenta me espera,
quando Don Juan de Ribera
me dè en vuestros brazos zelos.
Ana. Dificultades dexad.
Jua. Y facilidades vos.
Ana. Hablad mas claro.
Jua. Por Dios,
que hablo con claridad.
Ana. Solo he entendido, en verdad,
que en perderos soy dichosa,
que de la mas venturosa
no es possible que se crea,
que quiere ganar por fea,
y no perder por hermosa.
Jua. Si no me engaño ignorante,
en vos he llegado à vèr
lo que pudiera querer
en muchos siglos de amante:
Lleguè à veros, y al instante
à amor en centro piadoso,
y del huyo temeroso,
porque ha querido mi estrella,
que vos me perdais por bella,
y yo à vos por ser dichoso.
Ana. Bastame à mi por contento,
que ameis en parte segura.
Jua. No lo quiso mi ventura.
Ana. Por mi vida, que lo siento:
A donde vàs, pensamiento? *àp.*
Quien remediaros pudiera!
Jua. Què os importa, que yo muera?
Ana. A mi, señor, solamente
pensar, que amigo, ò pariente
sois de Don Juan de Ribera:
Retiremonos, antojos, *àp.*
que perdida me llevais:
A Dios, señor.
Jua. Donde vais?
Ana. A castigar à los ojos.
Jua. Gloria seràn mis enojos,
si sois toda crueldad.
Ana. Dificultades dexad.
Jua. Y facilidades vos.
Ana. Hablad mas claro.
Jua. Por Dios,
que he hablado con claridad.

Vase cada vna por su puerta, y levantando Doña Ana el tafetan, estarà detras Elena, y salen entrambas, diziendo desde la puerta Doña Ana.

Ana. Elena, què hazes aqui?

Elen.

Ele. Ser centinela.
Ana. Hasme oìdo?
Ele. Muy bien, y hasme parecido,
en lo que veo, y oì,
simplissima donzella
de las del siglo que passa,
que el primero que entra en casa
esse se aforra con ella.
Ana. No me digas nada aora.
Ele. No harè, pues pinto al amor
sin orejas vn pintor.
Ana. Y Don Baltasar?
Ele. Señora,
con tu prima està, y de modo,
que aveis buelto en solo vn dia
esse quarto galeria.
Ana. Como?
Ele. Como se anda todo:
Salì con èl à la sala,
y dixele: Tan de prissa
bolveis? Y èl dixo con risa:
Sin duda soy cosa mala,
que nunca viene de espacio;
mas si quereis que os lo diga,
este es nuestro centro, amiga,
como de vn grande el Palacio.
Llegò su prima, en verdad,
como la abeja al clavel,
y yo viendo, que la miel
se haze en la soledad,
fuyme, y en este lugar
os he servido de posta,
para avisar en la costa,
si entraba barco en la mar.

Sale Obiedo con dos maletas cerradas con vnos candadillos, y las maletas cada vna trayga vn retrato, y lo que corresponde a lo que dize.

Obie. Huespeda, que serlo puedes
del mas galan peregrino,
guardame aquestas maletas.
Ele. Donde buelves?
Obie. Por olvido
dos capotes de campaña,
que han servido en el camino,
me dexè, y buelvo por ellos.
Ele. Via in pache.
Obie. Stare à Dio.
Ferrer me espera con ellos, *à p.*
que no quiso entrar conmigo.
Vase.
Ana. Llevalas à esse aposento.
Ele. Como sin hazer registro
de lo que traen? Yà no sabes,
que eternamente he podido
guardar de nada secreto,
ni villete sin abrirlo,
ni conserva sin gustarla,
ni maleta, que no he visto.
Ana. Como has de abrir sus candados?
Ele. Tu veràs en vn proviso
la mas facil tropelia,
que cicateros han visto.

Saque de vn estruche vnas tixeras, diziendo, y metelas por el anillo de los candados, que vàn abiertos, y haziendo instancia haga como que los abre.

Ten cuenta, mas por tus ojos,
que esse metal Vizcaìno
se defiende: ya està abierto,
vèr registrando esse lio
mientras doy garrote à essotro.
Ana. Como has de cerrarlos?
Ele. Lindo
reparo! Abralos yo,
que quando falte el pestillo,
en vna redoma tengo
remedios apretativos:

yà està estotro, otro que tal.

Ana. Disculpe aqueste delito
la sabia curiosidad.

Ele. Bien en abrirlas hizimos,
que pueden en las maletas
entrar en casa enemigos.

Ana. Mientras manifiesto aquesta,
mira essa.

Ele. Yà la miro.

Ana. Què ay en ella?

Ele. Lindas joyas,
y vnas cartas: tu que has visto?

Ana. Vn retrato, y otras joyas.

Ele. Retrato? Muestra: Què miro?
Si no es copia de tu prima
ciega estoy, y desvario.

Ana. Este es su rostro, bien dizes:
algun engaño imagino
destas cosas.

Ele. Ay, señora!

Ana. De què te espantas? q̃ has visto?

Ele. Vn retrato de tu rostro,
y es, si lo adviertes, el mismo
que mandò copiar tu padre
quando de Sevilla vino:
mirale.

Ana. El es.

Ele. Què harèmos?

Ana. Cerrarlas, y prevenirnos;
pues à los dos forasteros
hemos todo el fuego visto.

Ele. Pon essa como se estava,
y con mas tiempo, y aviso
hablarèmos en el caso:
O Andaluzes! Retraticos,
y falsedades? Acaba.

Ana. Yà està cerrado, y tan fixo
como de antes estava.

Estando cerrando las maletas, sale Obiedo, y vèlas.

Obie. Què es esto, Angeles mios,
es Aduana esta casa,
que entra todo por registro?
Què se debe de derechos?
Yo los pagarè sin ruìdo:
bustedes no se alboroten,
estense quedos los birlos.

Ana. Para vna averiguacion
hemos essas dos abierto.

Ele. Y su flor se ha descubierto
en el primer trascarton.

Obie. Es mal hecho, vive Dios.

Ana. Y es mejor hecho, picaño,
que nos traten con engaño
estos hidalgos, y vos?

Ele. Yo harè, que os dè mil azotes
vn Negro en este aposento,
sino me dezìs su intento.

Obie. Señora, no te alborotes,
y al Negro llamar no hagas,
que yo la verdad dirè.

Ana. Pues esta cadena dè
principio à mayores pagas.

Obie. Vna vez encadenado
yo te lo dirè de coro,
que à vna gançua de oro
no ay secretò reservado.
De aqueste señor, que era
Don Tello, ò Don Calabaza,
que es mi amo, es esta traza,
porque es Don Juan de Ribera,
que viene à casar contigo,
y à ser olmo de tu yedra;
y Don Diego Saabedra
es essotro, y gran su amigo;
que pienso, que conchavado
con tu prima està tambien,
y à gozar de tanto bien
por la posta han caminado.
Y assi ha hecho su jornada
con vn paje solamente,
que lo fuè de Don Vicente,
y se queda en la posada.

Sale

Sale Doña Isabel.

Isab. Prima, mi padre ha venido,
y està esperando en la mesa.
Ana. O prima, como me pesa;
mas para despues os pido,
que dexeis lo començado,
y que guardeis el secreto.
Obie. Ser vn marmol os prometo.
Ana. No digais lo que ha passado
à aquessos dos Cavalleros.
Isa. Acaba yà, prima mia,
mira que es descortesia,
que esperen los forasteros.
Ana. Vèn, y dirète quien son.
Isa. Yo te dirè lo que han hecho,
Ana. Què?
Isa. Sacarme del pecho
la mitad del corazon. *Vanse.*
Obie. A donde pondrèmos esto
señora la de la flor?
Ele. Picarissimo embaydor;
llevarà, sino habla honesto.
Sepa que en este lugar
ha de hablar con cortesias:
entre cabañas, y Olias
puede essas pullas gastar.
Porque en este sitio atento
se oye lo mejor de Europa:
si quiere guardar la ropa
metala en esse aposento.
Obie. Y, por vida de los dos,
estarà segura?
Ele. Si.
Obie. Y mi corazon?
Ele. Aqui
ninguna los gasta.
Obie. Y vos?
Ele. Requiebrito à la criada?
Mal aya tan mal abuso.
Obie. Pues yà no sabe, que es vso?
Ele. Pues ya no sabe, que enfada?

JORNADA TERCERA.

Sale Doña Isabel, y despues Elena.

Isa. Estava yo (y amor es buen testigo)
como en el mar de Cadiz Navecilla,
que busca inquieta la segura orilla,
temerosa del barbaro enemigo.
Y yendo à entrarse en el amado abrigo,
Nave descubre que à la mar humilla,
y esperando el rigor de su cuchilla,
oye la salva de Español amigo.
Mirè cerca los brazos de mi esposo,
como la Navecilla el puerto amado,
y el mismo turbar quiso mi reposo.
Pirata le temi de mi cuydado,
cerca lleguè, y viendole amoroso,
vi, q̃ no ay gozo sin temor logrado.

Ele. sales con tanto contento,
Señora, que he imaginado,
viendo, que no has enviudado,
que es dia de casamiento:
Mi señor en su aposento
con tu prima queda aora,

dì,

dì, què tenemos, señora?
Mas quien verà tu alegria,
que no espere claro dia,
viendo tan bella el Aurora?
Isab. Resuelta, y determinada
entrò mi prima à mi padre,
que con honra, y con amor,
què corazones cobarde?
Don Rodrigo, señor mio,
le dixo modesta, sabe,
que aquestos dos forasteros
te tratan con falsedades.
Don Juan, y Don Diego son,
que en vna ocasion notable
los transformò vna sospecha
en essos dos personages.
De la musica le dixo
aquel apretado lance,
que ha dos dias que supimos
de la boca de esse paje.
Hallaron de su sospecha
satisfaciones bastantes,
que quiero, Elena, dezirte,
oyelas, sino las sabes.
En vno, que le tiraban
quatro hermosos alazanes,
llegò el honor de los Cerdas,
zelos dando à los amantes.
El gran Duque generoso,
à quien dexo de no abrarte,
porque no juzgues cuydado
deudas que son generales.
Cantaban al de Medina
vna letra y tan suave,
que entendimos, siendo noche,
trinaban al Sol las aves.
Llevaba Don Isidoro
vn estrivo, y los galanes
Andaluzes la testera,
y las dos nuestros lugares.
Abordamos con vn coche,
donde iba vn mozo elegante
de los Musicos del Duque
alabando los passajes.
Conociendole mi hermano,
esto le dixo: Quien sabe
ser emulacion de Orfeo,
bien sabe juzgar del Arte.
Hablaron los dos vn rato
de la musica, y donayre
de ciertos versos de Lope,
Fenix de nuestras edades.
Quien era le preguntè,
y el (què dicha tan notable!)
dixo: Quien cantò mi letra
la otra noche en nuestra calle,
Mas nosotras como hallamos
bella ocasion para dàrles
satisfacion de sus dudas,
con vn cuydado ignorante
les diximos: Quien serian
Isidoro, los galanes,
que en nuestra puerta quedaban
quando à sus ojos te entraste?
Que cierto, que juzgarian
mal de acciones semejantes;
que nosotras en la rexa,
abrìr tu con vna llave,
sin recato entrar en casa,
quedando gente en la calle,
cantar primero en la puerta,
broquel ruidoso que espante,
capa de seda que cruja,
todas son señales de amante,
que entra à gozar los favores
con trompetas, y atabales.
Ellos que ignorancia afectan,
dudan, preguntan, y antes
que la solucion escuchen
los vi como el navegante;
que soñando vio quebrada
en vn escollo la nave,
que despertando en la popa
mira tranquilos los mares.

Que-

Quedaron, al fin, los dos,
tal lo mirè en su semblante,
como quien de injustos zelos
mira el desengaño facil.
Y nosotras, como suele
en casos de honor hallarse
quien à pesar de la embidia
muestra el tiempo sus verdades.
Hasta que à casa bolvimos,
ellos con menos pesares,
y nosotras con mas gusto;
mas esperando sagazes,
que su engaño manifiesten,
que su nombre nos declaren,
que nuestras prendas estimen,
que sus rezelos se acaben.
Nos callan lo que sabemos,
y nos desean amantes,
y de su injusto silencio
esperamos cosas grandes.
Assi advertida mi prima
se lo ha contado à mi padre,
que amor para ser dichoso
de la prudencia se vale.
De cuya resolucion
me dize aora, que aguarde,
que discreto me entretenga,
bizarria, que me agrade,
Cortesano, que me estime,
galan, que todos alaben,
esposo, que me dè honor,
noble, que ilustre mi sangre,
imperio blando à quien sirva,
dulce señor, que me mande,
voluntad, que me merezca,
contento, que me acompañe,
bienes con que ser dichosa,
amor, que jamàs me falte,
y à pesar de las desdichas
possessiones agradables.

Ele. De tu gusto echè de vèr,
en viendote, la ocasion.

Isa. No sabes, que el corazon
puro crystal suele ser,
como al pesar el plazer?

Ele. Sè que à vn hombre principal
tachaban de comer mal;
y èl dixo, que mas comiera,
si por ventura tuviera
estomago de crystal.

Isa. O què bien dixo! *Ele.* Y mejor
Doña Ana en hablar assi,
consejo fuè que la dì,
que para gozar de amor
corta es la vida mayor.

Isa. Fuè como tuyo el consejo.

Ele. Tu prima sale, y el viejo,
y ella obligando à Cupido.

Isa. Què mucho, si le han servido
sus tersas canas de espejo?

Salen Don Rodrigo, y Doña Ana.

Rod. He tenido tanto gusto
de veros bien emplear,
que no me acierto à quexar
de vuestro silencio injusto:
No encubrirme fuera justo
sus rezelos, y venida;
mas si culpa cometida
remedio no ha de tener,
en albricias del plazer
os doy perdon, y mi vida.

Isa. Señor, ignorancia ha sido.

Ana. Y lo que dixe yo,
dexadlo aora, que no
quiero escusas, ni las pido,
que mas me importa saber
con que terminos dirèmos,
como à los dos conocemos,
que no he podido entender
con decoro, y con honor,
para dezirlo el camino.

Sale Don Isidoro con dos cartas cerradas, cada vna de por sì, como pliego.

Isid. Algun engaño imagino,

escucha à parte, señor:
Iba à comprar los Cavallos,
que seria Don Diego Ossorio,
porque en la ocasion primera
me viesses bravo en el coço.
Rod. Seis, ò siete dias antes
siempres sales à los toros:
mas, hijo, en llegando el dia,
te suelen mancar los potros;
y en efecto? *Isid.* En el portal
encontrè à Ferrer, el moço
que con mi hermano se fuè
al Brasil, y como vn corço
en viendome se escondiò.
Rod. Y q̃ hiziste? *Isid.* Soy yo tonto?
Si se escondia, fingir,
que ni le vì, ni conozco.
Luego encontrè à la Estafeta,
en la puerta, aqui esta todo,
que estos dos pliegos traìa,
y me tienen sospechoso:
A Don Diego Saabedra,
dize este; y dize estotro
para Don Juan de Ribera;
y los dos de vn mismo modo,
en la Calle de la Espada,
en casa (de esto esto y loco)
de Don Rodrigo Pallares.
Rod. Damelos. *Isid.* Estos dos mozos
Andaluzes son tan cierto,
como yo Don Isidoro.
Rod. Donde se escondiò el criado?
Isid. Junto à la cochera. *Rod.* Vn poco
espera, que yà yo buelvo.
Isid. No digas este negocio
à mi hermana, ni à mi prima,
que importa el secreto en todo.
Rod. Oy darè à mi casa honor,
y à mi cuydado reposo. *Vase.*
Isa. Què era esso? *Isid.* Hermana mia,
yà tu sabes, que te adoro.
no lo digais à la prima,
y oye à parte. *à parte los dos.*
Isa. Yà te oygo.
Ana. Elena, què serà aquello?
Ele. Diràle en secreto el bobo,
que esta Buda por el Rey,
y Marruecos por los Moros.
Isid. A que son ellos, hermana,
apostarè vn real de à ocho,
que con tantas consequencias
no han de engañarse los ojos.
Isa. Pienso, que no perderas.
Isid. Esto quede entre nosotros,
punto en boca, vete, à Dios.
Isa. A vèr que haze mi esposo. *Vase.*
Ana. Buenos dias, primo mio.
Isid. Tu los tendràs mas dichosos.
Ana. De què suerte?
Isid. Escucha à parte: *à parte los dos.*
En casa tienes tu novio.
Ana. Buenas nuevas te dè Dios.
Ele. Mas que el tal Don Isidoro
este secreto de anchuelo
se le và diziendo à todos:
Isid. No se lo digas à Elena,
esto quede entre nosotros,
punto en boca, vete, à Dios.
Ana. A vèr que haze mi esposo. *Vase.*
Isid. Amiga, què te parece?
Cerca està la boda. *Ele.* Como?
Isid. No se lo digais à nadie;
sabe que aquestos dos mozos,
sin duda son de tus amas
los deseados esposos.
Ele. Valgame Santa Maria.
Isid. Esto quede entre nosotros,
punto en boca, y queda à Dios.
Ele. A donde vàs? *Isid.* A vn negocio.
Ele. Mas que acierto à lo que vas?
Isid. A què? *Vase.*
Ele. A dezirselo à otro,
Su secreto, Reyes mios,
està ya puesto de dolo,

por-

porque saberlo mi amo,
es como saberlo vn cordo,
Sale Obiedo.
Obie. Elena. *Ele.* Què es menester?
Topaste à mi amo acaso?
Obie. Encontrèle en esse passo,
pero no me echò de vèr.
Ele. Iba con muy grande aprieto
à la calle à vomitar,
que haze à vn hombre rebentar
vna purga, y vn secreto.
Sabe, aunque ignoro los modos,
como vno, y otro galan
Don Diego son, y Don Juan,
y parte à dezirlo à todos:
no avrà mocito en la Villa,
que ignore quien son los dos.
Obie. Pues es a tiempo, por Dios,
que Don Juan se và à Sevilla.
La causa de su jornàda
ninguno à saberla llega,
que à Don Diego se la niega,
y à mi no me ha dicho nada.
Y aunque veo que se parte,
no sè la ocasion, Elena,
solo sè, que me dà pena
irme à Sevilla, y dexarte.
Ele. Que te vayas, mentecato,
no me importa tu partida,
que no eres tu, por mi vida,
donde me aprieta el zapato.
Mas que se parta Don Juan
sin declararnos su nombre,
à quien no avrà, que no assombre?
las piedras lo sentiràn.
Obie. Y tu rigor, y desprecio,
quien no lo siente, y lo llora?
Ele. A birlar buelves aora?
Obie. Si eres tiesa, y yo soy necio,
fuerça ha de ser porfiar
hasta ganarte la mano.
Ele. Esso es boda, Oviedo hermano?
Remite el enamorar
el lacayo à la criada,
à Comedias sin primor,
que en vn passito de amor
se embebe media jornada.
Obie. Essa es satyra? *Ele.* Pudiera,
si otra cosa mas precisa
no me llamara de prissa.
Obie. A donde vas, Dafnes fiera.
Ele. Apolo de mala mano,
voy qual flecha boladora,
à dezirle à mi señora,
que se arruga el Sevillano. *Vase.*
Obie. A Dios Elena, à quien vì,
solo para dàrme pena,
que siendo tantos Elena,
eres Porcia para mi.
A Dios casa, la mejor
que diò alvergue à peregrino;
casa en Madrid sin vezino,
que es la ventura mayor.
Que à vivir poco seguro
voy à la mejor Ciudad,
si el Betis por Navidad
no nos escalara el muro.
O Madrid, donde vnas fuentes
corren para tu decoro,
y de Pinto, y Valdemoro
solo te inundan crecientes.
En ti muera, y no en Sevilla
encharcado como rana,
temiendo cada semana
prodigios del Almenilla.
Sale Don Diego.
Die. Don Juan, al fin, se và luego
sin dezirnos la ocasion?
Obie. El pretende, en conclusion,
tomar las de Villa-Diego.
Die. Vive Dios, que es grosseria,
y de vn noble indignos hechos,
pues estando satisfechos
de su sospecha, y la mia,

quiera dexar à Doña Ana:
si ayer fuera; mas aora,
ò su obligacion ignora,
ò con accion tan villana
de su sangre degenera
con termino descortès,
ò se olvida de quien es,
ò no ha nacido Ribera.

Obie. Vn gentilhombre estimado
en este, y en mi lugar,
saliò al coço à torear
en vn Cavallo prestado.
Aviendole muerto otro,
y el dueño quando le viò,
esto à dezirle embiò,
viendo en la plaza su potro,
que aquel cavallo, por fiel,
le estimaba, y le queria,
que gran gusto le daria
en tener cuenta con èl.
Mas èl respondiò al criado
lo mismo que yo te digo:
Si quiere acertar, amigo,
dèle al toro esse recado. *Vase.*

Sale Don Juan.

Jua. Diràs al fuego, y tierra, al mar, y al Cielo,
y con razon (ò verdadero amigo!
como me voy, estando sin rezelo?
como, si causa tengo, no la digo?
Mas porque dès à mi dolor consuelo,
y disculpa à las quexas, oy contigo
descanse el corazon, por si mañana
le parten las memorias de Doña Ana.
Bolvì à noche del prado, como sabes,
alegre como tu, y assegurado,
que no ay satisfacion, en casos graves,
como hallarla vn zeloso sin cuydado:
cenamos, fuy à mi quarto con suaves
glorias del bien, para mi mal hallado,
y por gozarlas, no dormì, D. Diego,
de alegre entonces, y de triste luego.
Salì despues, buscando su aposento,
hurtado à la familia que dormia,
vile con luz, lleguè con passo lento,
donde de puerta vn tafetan servia:
alcè vna punta dèl, y mirè atento
à Doña Ana, y à Elena, que assistia
en su retrete, y vì, para mi daño,
la mayor hermosura, y desengaño.
Vn bufetillo de metal brillante
sustenia dos luzes, y tan bellas,
q̃ en lo terso juzguè, y en lo flamante
ser Cielo, y las bugias dos estrellas:
pagabanla con luz reverberante
quanto gozaban de sus ojos ellas,
y vì en su mano de animada nieve,
sentada en vn cogin, vn libro breve.
Leyendo en èl, la voz articulada,
esto dixo à mi oìdo dulcemente:
En medio del Invierno està templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el Verano mas que nieve elada:
y conòcì en sus versos claramente
ser de aquel, q̃ à Toledo le dà honores
el dulce lamentar de sus Pastores.
Tã cuerda en los cõceptos discurria,
que dixe con el mismo Garcilaso:
Tu seràs en España, prenda mia,
dezima moradora del Parnaso:
mas Elena cansada, que la oìa,
ò su quietud solicitando acaso,
dize, q̃ es hora yà, q̃ entregue en suma
el cuerpo de crystal à blanda pluma.
Levantòse Doña Ana, y obediente
à la necessidad, ò à la criada,
se quitò con asseo diligente
la ropa, y mantellina delicada:
y despojando al cuerpo transparente
del ornato comun, enacarada
enenaguas se quedo, que parecia
al flamisero Sol que abrasa el dia.
Vna camilla de caova Indiana,
con vna colcha de diversas flores

la

la merció desnuda: ò soberana
Diosa, madre del Dios de los amores,
di tu, si mas lasciba, ò mas lozana
te viò el Garzon, q̃ eternamẽte llores,
ò Felipe, si ha visto en su Ribera
quadro mejor en fertil Primavera.
Viste en el campo amanecer la Aurora
cubierta en parte de la noche fria,
que con el rostro los Olimpos dora,
tal en el lecho hermoso parecia;
à quien Elena dixo assi: Señora,
quando mis ojos lograràn el dia,
que te goze Don Juan, y sin engaños
las flores coja de tus verdes años?
D. Juan te adora, en sus acciones veo,
que tu beldad desea con fè pura,
que cierto que abreviara su deseo,
si como yo mirara tu hermosura:
el caso cuenta à mi señor, que creo
se alegre en èl, y tu gozar procura
tus doradas madejas, y edad verde,
que no se cobra el tiempo q̃ se pierde.
Esto escuchè, aquesto Elena dixo,
à quiẽ respõde enternecida: Advierte,
sabia has hablado, tu consejo elijo
(ò zelos! q̃ aguardais à darme muerte)
amo à Don Juan, y si naciera hijo
de humildes padres, de la misma suerte
le amara, y porq̃ el tiẽpo no se pierda,
sepa mi tio lo que encubro cuerda.
Diò la vna vn relox, quãdo al instante
de hablar dexò; mas no de darme pena
y por dormir, si duerme algũ amante,
mandò cerrar, y que se fuesse Elena:
yo, porque no me viessen, ignorante
del dichoso galan, y el alma llena
de deseos, de dudas, de tormento,
bolvì sin ser sentido à mi aposento,
Donde peligros à mi honor ofrece
la quieta almohada, consejera muda,
porq̃ el D. Juan, que su favor merece,
no puedo ser, pues mi persona duda,
y por Don Tello à mi me favorece,
falsa en amor, y de verdad desnuda,
y huyẽdo voy, q̃ quiero en mi partida
por cõservar mi honor, perder la vida
Tu amigo, de tu esposa satisfecho,
goza de su belleza mil edades,
la paz te embidie, y en dorado techo
simples te correspõdan las verdades:
q̃ yo me voy à donde op õga el pecho
al fiero plomo, y no à facilidades,
q̃ es en vn noble, si en amor me iguala,
mas fiera vna sospecha, que vna bala.

Die. Tan grande resolucion
mas tiempo pide, y reposo,
y en el hombre mas zeloso
mayor averiguacion:
De la passada ocasion
toma exemplo, y reducido
à mi consejo, te pido,
que aguardes, que en tus enojos,
como hasta aora los ojos,
pueden engañarse el oìdo.
Aguarda à saber, si quiera,
quien dà causa à tu rezelo,
que de las ìras del Cielo
solo ha de huir vn Ribera:
El bien nacido, aunque muera,
el rostro no ha de bolver,
tu huyes de vna muger,
y en los hombres principales,
aun con armas desiguales
es cobardia temer.

Jua. No se precie de valiente
quien en la ocasion lucida,
solo por guardar la vida
huye desayradamente:
Y por bravo, y por prudente,
quien no pudiendo vencer
se ausenta para bolver;
porque en los mas principales,
quando ay armas desiguales
no es cobardia temer.

Sale

Sale Doña Ana.

Ana. Sevillano engañador,
mas q̃ el q̃ en las Griegas Turbas,
para destruycion de Dido
perdiò à su amada Creusa.
Porquè te vàs, y me dexas?
Quien te aconseja que huyas,
mintiendo mis esperanças,
salteandome segura?
Pluviera à Dios, que à mi padre
antes del Betis la furia
en Sevilla le anegara,
que dieras en tu chalupa
vida al que quitas la honra,
hospedage à quien injurias;
pues fuera mejor, que siendo
su margen su sepultura,
se negara à tus piedades,
y no dieras causa injusta,
que sus memorias afrenten,
que con engaños te encubras,
que te atrevas à su casa,
que su antiguo honor destruyas,
que de su hija te burles,
que tu palabra no cumplas,
que sin ocasion te vayas,
que me dexes dando justas
tristes quexas à los vientos,
con amor, y sin ventura.
Pues con cautelas me tratas,
pues como amante me adulas,
pues te vàs como ofendido,
pues à mis ojos te hurtas.
Apenas en esta casa,
ojalà dixesse tuya,
pusiste el pie, quando supe
tus disfrazes, y tus dudas.
Si al sueño debes desvelos,
si al pecho lagrymas muchas,
informate del cuydado,
y à mis ojos lo pregunta.
Hasta que vì tus rezelos
que lar sin sospecha alguna,
deshechos ampos la niebla
la deshaze la luz pura.
Bien lo dixeron tus òjos,
desde que en el prado a escuras
sacò mi verdad à luz
el nieto de las espumas.
Pues mas alegres miraban,
que la passion mas oculta
publican los ojos, quando
el alma la dissimula.
Si te he visto satisfecho,
como con entrañas mudas
me estàs llamando à batalla,
fieras acciones anuncias?
Quando me matas, Don Juan,
con noble hazaña te ilustras,
grande victoria por cierto,
à tu grandeza acomulas!
De què Inglès, como el Giron,
à vista de Cadiz triunfas?
Què Pirata en el mar vences?
En campo de Oran, què Muza?
Buelve en agrado la ira,
si yà matarme no gustas,
gaste el Español bravezas
contra el rebelde en la Inclusa;
Muger, y rendida soy,
tu tienes nobleza mucha,
mira quien, y contra quien
el noble azero desnudas.
A donde te vàs señor?
A donde vas? Què procuras?
A donde, si amor inquieres?
Donde, si verdades buscas?
Digalo Elena, que dixo
lisonjas à mi hermosura,
quando à noche me entreguè
à leve prision de pluma.
A quien confesè adorarte,
si fueras de baxa alcuña,
Don Juan, y te conociera,
absuel-

absuelvame amor, si es culpa.
Assi à Elena se lo dixe,
de cuya cuerda consulta
salió dezir à mi tio
tu nombre, mi amor, tus dudas.
Dichosa yo, dueño mio,
si vn cuello con otro anudas,
antes que con tu retiro
contra mi opinion discurran.
Mas tu bien nacido joben
ruego à mis ruegos junta,
razones à mis razones,
quexas à mis quexas justas.
Pues te toca mi defensa,
que oy puedes, si lo procuras,
juntando en vna dos almas
hazer nuestra sangre vna.
Pues sabes bien lo que es honra,
que su doctrina assegura
el plebeyo en la experiencia,
y el bien nacido en la cuna.
Mis desdichas favorece,
fuerça ha de ser que me acudas,
que a las mugeres jamas
se niega la sangre Augusta.
Ruegale, que no se vaya,
no sospechen, que su fuga
fuè por mi defecto, y no
por ingratitudes suyas.
Mas si te fueres, ingrato,
la que te pierde, te jura,
de seguirte eternamente,
en vaga sombra confusa.
Por ti me darè la muerte,
pues no ay tan grande desventura,
que con la vida no acabe,
y no han de faltarme, en suma,
pesares, que me atormenten,
rezelos, que me destruyan,
soledades, que me aflijan,
memorias, que me consuman,
embidias, que me deshagan,
y sin defensa ninguna
vn rio para anegarme,
para sepulcro vna gruta,
vn lazo para mi cuello,
para el corazon cicuta,
para mi pecho vnas brasas,
para romperle vna punta.
Porque es la mayor dicha
redimir los pesares con la vida,
y no han de faltar nunca
brasas, puñal, valor, donde ay injurias.

Jua. Dexa el fuego, y el puñal,
rio, lazo, gruta, fiera,
para mi, si te perdiera,
y no me acabara el mal.
Quexandome de los Cielos
me ausentaba mi dolor,
que como Narciso amor
tuve de mi proprio zelos.
Pero yà desengañado,
temiendo castigo essempto,
muestras de arrepentimiento
darà à tus pies mi cuydado.

Ana. Què no te vas?

Jua. No señora.

Ana. Ni mis brazos dexaràn.

Die. Bueno es esperar, Don Juan.

Jua. Digalo el contento aora.

Die. Por vn regalo de amor
se perdona vn siglo triste.

Jua. Como quien somos supiste?

Ana. Despues lo sabràs mejor.

Sale Obiedo de camino.

Obie. Ya està prevenido todo,
hemos de marchar? *Jua.* Obiedo,
dexalo; que ya me quedo.

Obie. No te vas?

Jua. De ningun modo.

Obie. Pesia a mi, esto es servir?
no es mejor estar en Fez?
O quedate de vna vez,
ò acaba ya de partir.

Sale

Sale D. Rodrigo con los dos pliegos que le diò Don Isidoro, y Doña Isabel, D. Isidoro, y Elena.

Rod. Entrad, y en vuestra presencia
ha de probar mi valor,
como es la espada mejor
la que ciñe la prudencia.

Lo que se sigue hablando con Don Juan, y Don Diego.

Aora Ferrer me dixo,
Ferrer, antiguo criado
de esta casa, que Soldado
fuè en el Brasil con mi hijo;
que la estafeta le diò
estas dos de Andaluzia,
à traerosla venia,
mas quise traerlas yo.
A Don Juan dize este pliego:
quien lee tan bien, bien pudiera
daroslе de otra manera;
este es para vos Don Diego.
Los parabienes seràn
de vuestra boda, y fortuna,
que todos, sin duda alguna,
casados os juzgaràn.

Isid. Asi hablas ofendido, *ap.*
sabiendo que estoy aqui?

Rod. No te he menester à ti,
yo sè que me han entendido.

Abren los pliegos mientras se dize la copla de arriba.

Die. De mi casa es. *Jua.* Y aquesta
ser de mi casa me avisa.

Rod. Los dos responded aprissa,
que aguardo yà la respuesta.

Jua. Donde honor mi casa gana,
y yo bien tan soberano,
la respuesta està en la mano.

Rod. Como?

Jua. Dandola à Doña Ana.

Rod. Y vos Don Diego no hablais?

Die. Sino menos honra gano,
la respuesta està en la mano,
si vos, señora, gustais.

Jua. Y vos, señor, perdonad,
que vn engaño, y vn sucesso.

Rod. No ay, señores, q̃ hablar dessо;

Die. Pues vuestros brazos nos dad.

Rod. Y seràn firmes cadenas
en las bodas de los dos.

Obie. Elena, alli vive Dios.

Ele. Viva muy en hora buena,

Obie. Casaremonos tu, y yo
como en la Comedia?

Ele. Hermano,
la respuesta està en la mo.

Obie. Y què respondes?

Ele. Que no.

Ana. Y perdon os pide aqui
el mas rudo Toledano.

Obie. La respuesta està en la mano.

Ana. Y dànsele, Oviedo? *Obie.* Si.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, por FRANCISCO DE LEEFDAEL, en la Casa del Correo Viejo.